

EL ENANO SALTARÍN

Adiós

Me dicen que el hábito de medir el tiempo por unidades convencionales —el año, el mes, la hora...— todavía se usa en el mundo. Al parecer ya han pasado cinco años desde que esta revista me pidió cuatro letras para esta última página. Acepté porque me une una cierta amistad con la directora y, además, por ver de poner a pensar en algo entretenido mi cerebro. Pero el tiempo no perdona y la sombra de Alzheimer llega hasta mi bosque. La memoria del anciano es frágil como una lámina de hielo; y la de los viejos enanos no escapa a este destino hormonal. Se me olvida todo; en nada reposa mi pensamiento; de tanto leer mengua la vista, tartamudea el entendimiento y vivo ya más entre las evocaciones

de las páginas que en los contornos de la realidad misma. De modo que, frecuentemente, llega el apresurado mensajero

de *CLIJ* con su bicicleta a recoger mi escrito, y lo confundo con alguno de los espíritus que me visitan, lo invito a merendar y márchase confuso y sin el recado cumplido. Un desastre.

De manera que ya va siendo hora de despedirme de quienes, más por hábito que por gusto, recalán en este rincón de «El Enano Saltarín». Espero que, de su lectura, no me guarden un

rencor excesivo por mi talante de viejo cascarrabias, mi afán de predicador y mi empedernida bibliofilia. Si alguna vez vienen por este bosque y yo todavía sigo en él, no dejen de hacerme una visita. Concluamos, pues, con un «Colorín, colorado, el *Enano* se ha acabado».

El Enano Saltarín.



MONTSE GINESTA.